
La Construcción Social de la Violencia en un Grupo de Jóvenes de Ambos Sexos de Escuela Pública Intermedia

CARLOS VÁZQUEZ RIVERA, PhD*

Objetivo. Comparar las diferencias de género en cuanto a la construcción de la violencia en un grupo de jóvenes de ambos sexos de una escuela intermedia.

Trasfondo. La violencia escolar es una realidad que afecta el aprendizaje y desarrollo del estudiantado en las escuelas de Puerto Rico. Comprender la complejidad de las relaciones sociales que dan origen a la violencia es un reto académico, social y comunitario.

Método. Se utilizó la técnica del grupo focal para recopilar la información obtenida del estudiantado. Para el análisis y categorización de sus respuestas se utilizó el análisis del discurso.

Hallazgos. La forma en que los muchachos y las muchachas interpretan la violencia está influenciado por razón de su género. Mientras los muchachos hablan, comúnmente, desde la postura de quienes ejercen la violencia, las muchachas lo hacen desde quienes la

padecen. Mientras que los muchachos hacen énfasis en las formas externas de la violencia, las muchachas lo hacen desde sus formas internas.

Conclusiones. El origen de la violencia es uno complejo y multidireccional. Además de los comportamientos violentos visibles debemos dirigir nuestra atención a los procesos de los que se nutre la violencia antes de manifestarse. La violencia tiene características específicas que se presentan según se es hombre o mujer y parte de la violencia que se da en las escuelas opera sobre las diferencias de género. Debemos profundizar sobre la noción de respeto y juventud y recalcar sobre el impacto de las creencias personales y culturales que pueden promover los comportamientos violentos.

Palabras clave: Género, Violencia, Escuela, Prevención

“... tu le dices algo de ellos, que es verdad, (refiriéndose a madres, padres o la facultad) sin faltarles el respeto y ya le estás faltando el respeto”

Una joven de octavo grado

Sin duda, la violencia es un desafío para la salud pública, en general, y para la salud de las personas jóvenes en particular. La violencia es fuente de variadas condiciones de salud, cuya consecuencia última es la muerte. La violencia escolar es efecto y causa, a la misma vez, de una sociedad que abraza la violencia como forma de solucionar conflictos (guerras, embargos económicos, militarización de la sociedad, terrorismo) o de vida (deportes: boxeo, lucha libre, fútbol americano, hockey) (1-5) y la repudia como una expresión salvaje y bárbara que no debe tolerarse (violencia doméstica, asesinatos, abuso de niños y niñas) (6-11).

A la luz de esta realidad presentamos el análisis preliminar de dos grupos focales (uno de muchachos y otro de muchachas) donde exploramos su experiencia ante la violencia escolar. Como podrán observar de sus comentarios y el análisis de los mismos, el proceso de la violencia es uno institucional, cultural, social y personal. Una de las preguntas fundamentales a la que nos enfrentamos toda vez que intentamos encarar el desafío de la violencia para tratar de entenderla es, precisamente, ¿qué es la violencia? Definirla es un ejercicio tan difícil como necesario, por lo que la violencia es interpretada de variadas formas, y según se la interprete, será el acercamiento que tendremos al momento de trabajar para erradicarla (12). Aunque entiendo que la violencia es una realidad específicamente humana que no tiene paralelos en ninguna otra especie. Para efectos de este artículo baste decir que se abordará el tema de la violencia desde la perspectiva de las personas jóvenes, específicamente, de estudiantes de 8vo grado en el contexto escolar. Serán ellos y ellas quienes definan lo que es violencia y las formas en que la interpretan según seas hombre o mujer. Aunque se ha hablado mucho acerca de la distinción entre violencia y agresividad, señalando que la agresividad es un aspecto natural que todas las personas tenemos y que

* Del Centro de Prevención de Violencia en Jóvenes Hispanos, Instituto FII.IUS, Universidad de Puerto Rico.

la violencia es una especie de atrofia de esa agresividad natural que poseemos (13); parto de la premisa de que tanto la violencia como la agresividad tienen muy poco de natural y mucho de construidas socialmente (14-20).

A pesar de los impactantes sucesos de violencia que han ocurrido en los últimos años en escuelas de los Estados Unidos (21), donde a través de los medios de comunicación hemos sido testigos de las masacres protagonizadas por estudiantes, las estadísticas en ese país señalan que la agresión y la violencia en las escuelas han ido disminuyendo (22, 23). Mientras, por otro lado, hay quienes señalan que las escuelas siguen siendo el lugar más seguro en el que nuestros hijos e hijas pueden estar (24, 23). Lo cierto es que estos despliegues de violencia, aunque extremos, son el reflejo de una violencia cotidiana que se experimenta en las escuelas y que no le hemos brindado la atención que amerita.

Sin embargo hay quienes piensan que el origen de la violencia que se experimenta en las escuelas está en los medios de comunicación y en las familias (25, 26). Pero no podemos negar que las escuelas en sí mismas generan sus propias dinámicas que desencadenan en lo que hemos llamado violencia escolar. Violencia cuyas características son propias de la escuela, aunque no independientes de los sucesos que ocurren en el resto de la sociedad (27).

Precisamente, partiendo de las experiencias personales de un grupo de jóvenes se describirán algunos de los factores que ellos y ellas señalan como catalizadores de la violencia escolar. Se explicará el método utilizado para recopilar y analizar la información, seguido del procedimiento, una breve descripción de los participantes, los hallazgos más importantes, la discusión y las consideraciones generales.

Método

El grupo focal fue la técnica que utilizamos para auscultar las opiniones del estudiantado en cuanto a lo que percibían como violencia en el ambiente escolar. El grupo focal es un tipo de entrevista grupal diseñada para que las personas puedan compartir sus ideas, creencias y opiniones acerca de lo que se les pregunta. Esta técnica estimula la participación de las personas a compartir sus ideas frente a otras, desarrollándose un intercambio que permite sopesar dichas ideas y documentar los puntos de contacto así como las diferencias, acuerdos y desacuerdos, sus posiciones y sugerencias respecto a lo que se les pregunta. El grupo focal es un instrumento muy útil para explorar aspectos poco conocidos sobre temas que deseamos indagar, así como profundizar sobre aspectos conocidos que otras técnicas no nos proveen.

Para el análisis de las contestaciones se utilizó lo que se

conoce en la literatura de investigaciones cualitativas como el análisis del discurso (28, 15, 29, 30). Este método consiste en analizar las expresiones de las personas participantes en una serie de categorías que el investigador o investigadora desarrolla para recoger los aspectos más importantes de sus contestaciones a la luz de las preguntas que se le formularon y los objetivos de la investigación. Dichas categorías están apoyadas en las expresiones de las personas participantes y son analizadas por el investigador o investigadora tomando en consideración su marco conceptual, el trasfondo teórico de la investigación, la revisión de la literatura sobre el tema, las características de las personas participantes y el contenido de sus contestaciones.

Se llevaron a cabo ocho grupos focales en total: tres con estudiantes, dos con padres/madres, dos con maestros y maestras y uno con organizaciones comunitarias que trabajan con el tema de la violencia. Este artículo está basado en dos de los grupos focales de estudiantes que se celebraron en una escuela intermedia del área metropolitana. En primer lugar, se hizo un contacto con la trabajadora social de la escuela para coordinar las orientaciones que se le ofrecieron al estudiantado para invitarlos a participar de los grupos focales. Los estudiantes fueron reclutados en los salones de clases por personal del Centro de Prevención de Violencia en Jóvenes Hispanos y por la facultad. Se llevaron a cabo cinco orientaciones a los grupos de 8vo. grado durante la hora del salón hogar. En dichas orientaciones se anotaron cincuenta y nueve estudiantes interesados en participar. También se repartieron noventa y seis Hojas de Consentimiento para que sus madres, padres o personas encargadas las firmaran. Quince muchachas y once muchachos entregaron las Hojas de Consentimiento firmadas. Finalmente, la selección de las personas que participaron en el grupo focal fue por disponibilidad y de forma totalmente voluntaria. Cuando se recopilaron todas las hojas y se contaba con todas las firmas y autorizaciones requeridas, se formalizó una fecha en la que se estarían llevando a cabo los grupos focales. Los grupos se llevaron a cabo simultáneamente dentro de las facilidades de la escuela. Una vez constituidos los grupos se dividieron por razón de su género en dos grupos que fueron entrevistados de manera separada. Se utilizó la misma guía de preguntas para ambos grupos y la duración del proceso fue de aproximadamente dos horas.

A continuación presentamos algunas de las características de las personas que participaron de estos grupos focales. Participaron un total de veinte personas jóvenes (12 muchachas y 8 muchachos), todos y todas pertenecientes al 8vo. grado, cuya media de edad eran los 13 años. De los muchachos seis nacieron en Puerto Rico, mientras que dos nacieron en la República Dominicana.

De las muchachas ocho nacieron en Puerto Rico, tres en la República Dominicana y una en Estados Unidos.

Hallazgos

Como podemos observar en la Tabla 1 la construcción de la noción de violencia adquiere características específicas de los géneros en este grupo de jóvenes de escuela intermedia. Para empezar detengámonos en el hecho de que las expresiones de los muchachos están formuladas desde quienes ejercen la violencia, mientras que las muchachas hablan desde quienes son objeto de la violencia. A renglón seguido, en los discursos de los muchachos están ausentes las referencias a las emociones, mientras que las muchachas expresan claramente cómo la violencia se refleja en sus sentimientos, en la presión que reciben tanto en sus acciones como psicológicamente. Del mismo modo, las muchachas entienden como violencia cuando las personas se hablan “vulgarmente”, mientras que en los muchachos no se encuentra ninguna alusión acerca de que hablarse “vulgarmente” sea signo de violencia. Sabemos que los hombres, en términos generales, utilizamos un lenguaje llamado “vulgar” para comunicarnos entre nosotros sin interpretarlo como un gesto de violencia. En cuyo caso, en los muchachos, para que el lenguaje sea interpretado como violencia tienen que añadirse otros factores (p.e. tono de la voz, circunstancias, relación con la otra persona, contexto). Ambos grupos coinciden en que hablar fuerte o duro, la violencia doméstica, el maltrato o agresión entre las personas y matar son acciones de violencia. Resalta, en el caso de los muchachos, las alusiones directas a los aspectos sexuales de la violencia, mientras que en las muchachas no lo mencionan directamente. Otro claro corte

de género que aparece en las expresiones de estos jóvenes lo es aquella que tiene que ver con la fuerza y la presión, respectivamente. Los muchachos hablan como “victimarios” y las muchachas como “víctimas”: es violencia “hacer cosas a la fuerza que ella no quiera” y es violencia la presión “para que haga lo que uno no quiere”, respectivamente.

Cabe destacar otros elementos que responden a las construcciones particulares de los hombres y de las mujeres. Entre estos están: la cuestión de los motivos y el patrón, en el caso de los muchachos; y la cuestión de la minoridad y los juegos físicos entre las muchachas. En el primer caso, los hombres tendemos a interpretar que hay ciertos tipos de violencia o expresiones de agresividad que pueden permitirse si encuentran una motivación o justificación adecuadas (31). Al mismo tiempo, aparece como un criterio ambigüo, pero necesario, que se repita en más de una ocasión, que exista una especie de patrón, o al menos que sea sistemático, queriendo decir con ello que no sean incidentes aislados o esporádicos. En el segundo caso, la preocupación por el maltrato de menores es, históricamente, un asunto atribuido a las mujeres, esto sin contar con que las mismas mujeres han sido mantenidas en un estatus de minoridad con relación a los hombres. La formación cultural que reciben las mujeres de preocuparse y ocuparse de los menores, de la casa y de su pareja está ampliamente documentado. Por tal motivo, las mujeres han sido objeto de maltrato en tanto mujeres, menores, hijas y esposas.

En cuanto a los juegos físicos (golpes) existe una diferencia palpable con los muchachos. Los golpes o el juego físico es visto generalmente como algo permitido, y hasta deseable, en la formación de los muchachos (32, 33), mientras que las muchachas son educadas para todo lo

Tabla 1. ¿Qué es la violencia para los muchachos y las muchachas?

Muchachos	Muchachas
Violar a una persona	Matanza
Tocarle ‘las partes’ a las nenas y a los nenes	Hablarse vulgarmente
Cuando te atacan y te agreden sin motivos	Maltrato contra menores
Violar verbalmente a una persona	Cuando se hablan fuertemente
Hacer cosas a la fuerza que ella no quiera	Cuando abusan de uno
Maltratar a una persona sin motivo alguno (físicamente)	Maltrato psicológico y mental. Maltrato entre las personas (físico y emocional)
Hablar en voz alta	Que le meten cosas negativas en la cabeza a uno desde que nace
Agrediendo mutuamente o mutilándose	Golpes
Violencia doméstica	Violencia doméstica
Matar	Presión (‘para que haga lo que uno no quiere’)
	Situaciones que te hacen sentir mal

contrario; a rehuir el juego físico. Por esta razón, es más probable que las muchachas puedan interpretar cualquier juego físico como un acto de violencia, mientras que los muchachos lo perciben sencillamente como un juego. Esto último es muy importante tomarlo en consideración al momento de desarrollar programas que traten de promover comportamientos menos violentos entre las personas, dado que este es uno de esos aspectos culturales que diferencia a los muchachos de las muchachas. Al mismo tiempo, este tipo de valoración establece los puntos de referencia a través de los cuales se relacionan los hombres con las mujeres, pero también los hombres entre sí y las mujeres entre sí.

Por otro lado, como podemos observar en la Tabla 2 se destacan las diferencias entre los grupos acerca de los

factores que promueven la violencia escolar. En el caso de los muchachos podemos observar un énfasis en los factores externos, tales como: armas, asesinatos, corrupción, ley, falta de seguridad en las escuelas. En el caso de las muchachas podemos observar un énfasis en los procesos internos, tales como: la inteligencia, creencias culturales, noción de respeto, actitudes de las personas adultas y manejo de las emociones. En el caso de los muchachos podemos ver un énfasis en las relaciones sexuales y el machismo, los nuevos arreglos en la estructura familiar y el impacto de las drogas (calle). Mientras que por el lado de las muchachas podemos observar un énfasis en el discrimen sexual y trabajo doméstico, las relaciones intrafamiliares y el ambiente en el hogar (casa).

Tabla 2. Factores que fomentan la violencia escolar

Muchachos	Muchachas
Padres 'blanditos'	Inteligencia
Ley de protección de menores	Insultos y gritos de maestros/as a estudiantes
Maestros, maestras y estudiantes abusadores	Autoritarismo de los maestros/as
Drogas, armas y asesinatos en la comunidad	Creencia en el 'derecho de pegarte'
Corrupción en el sistema (gobierno, policía, escuela, cárceles) y apatía de la policía	Creencia en que la razón sólo pertenece a las personas adultas·
Ignorancia de las autoridades sobre la realidad de las drogas y la violencia	<ul style="list-style-type: none"> • No valorar la opinión de las personas jóvenes· • Castigos injustificados (en la escuela y en la casa)
'Bochinches' (difamar a las personas: p.e. acusándolos de fumar drogas)	Creencias acerca de la juventud
Efecto de las drogas, el alcohol y la depresión en las personas y la familia	Actitud 'peleonera' de padres, madres y maestros/as
Nuevos arreglos en la estructura familiar	Ambiente restrictivo en el hogar
Maltrato físico y psicológico en la familia	Discrimen por sexo
Dinámica interpersonal entre muchachos	Relaciones intrafamiliares
Dinámica interpersonal entre muchachos y muchachas·	Manejo de las emociones
<ul style="list-style-type: none"> • Respeto de las propias muchachas • Machismo 	Castigos físicos
Desconfianza con el personal de trabajo social y orientación	Trabajo doméstico
Desigualdades materiales y personales	Noción de respeto
Influencia de los más fuertes	Presión y vigilancia contra los novios
Abuso y tensión sexual	
Despreocupación de los problemas entre estudiantes	
Falta de seguridad en la escuela	

Discusión

La perspectiva de los muchachos. Entre los muchachos circula la idea de que los “padres blanditos” fomentan la violencia escolar en cuanto les permiten a sus hijos o hijas hacer lo que les da la gana. Práctica que repiten en las escuelas generando conflictos entre la facultad y el estudiantado, ya que retan la autoridad de la facultad lo que usualmente desemboca en actos de violencia entre ambas partes. Del mismo modo piensan que la ley de protección de menores ha creado una situación inusual en las relaciones entre facultad y estudiantado. La ley ha provisto al estudiantado de una herramienta para defenderse de algunas prácticas violentas de la facultad. Herramienta que, a su vez, puede ser motivo de nuevas escaladas de violencia pues el estudiantado no reaccionará de la manera tradicional ante situaciones en las que entienda que está siendo objeto de maltrato o abuso. Pero ellos no ignoran que en las escuelas hay tanto estudiantes como maestros que pueden considerarse abusadores. Aunque no fueron enteramente claros sobre en que consistían estas prácticas abusivas, las mismas son consideradas como factores que abonan a la violencia escolar. Lo interesante sobre esta observación es que no colocan el peso de la responsabilidad de la violencia escolar en uno sólo de los grupos que componen la comunidad escolar. En este sentido son las muchachas la que lo plantean de forma más explícita al decir que:

“... algunos estudiantes son bien agresivos y les salen con malas crianzas a los maestros y no tienen respeto”; “El año pasado un estudiante le salió con mala crianza a un maestro, el maestro se encojonó y por poco también le cae... (a golpes)”

Por otro lado, la existencia de drogas, armas y los asesinatos asociados a ellas definitivamente forman parte de los elementos que fomentan las prácticas violentas en las escuelas. Es de dominio público que muchas escuelas en Puerto Rico son objeto de tiroteos y usadas como puntos de drogas. Estas situaciones tienen un impacto directo en la comunidad como en la escuela dado que los actores suelen ser las mismas personas, familiares, amigos o conocidos que interactúan continuamente en ambos escenarios. Precisamente dada la cotidianidad de estas prácticas se genera una sensación de incredulidad en los muchachos acerca de la ignorancia de las dependencias de gobierno sobre las formas en que circulan las drogas y la violencia lo que existe en las escuelas y las comunidades. Realidad, dicen, que hasta un niño de octavo grado sabe. Para ellos resultan tan cotidianas las experiencias con las drogas que es muy difícil comprender cómo personas cuyo trabajo es combatir las drogas y la violencia desconozcan aspectos que parecen tan básicos. No sólo es incredulidad lo que estos jóvenes sienten, sino que conocen también

los estragos que la corrupción crea a lo largo y ancho de nuestro sistema social (gobierno, policía, escuela, cárceles) que no tienen confianza en dichas instituciones. Estragos que se reflejan en la apatía de la misma policía para bregar con el problema de las drogas, según lo plantean los muchachos. Más allá de que las drogas sean un problema de la sociedad que genera inestabilidad, tensión y un sentido de precariedad en las comunidades como en las escuelas, el uso de las drogas tiene un efecto concreto en quienes las usan. “Cuando uno se droga uno se vuelve un animal”; y “si es un padre de familia que está en depresión... con la maldita droga, los hijos pueden estar muertos de hambre, y los gastan en drogas”. Las personas que están bajo la influencia de las drogas, o dependen de ellas, están relacionadas con una serie de prácticas violentas desde comportarse como un animal hasta matar de hambre a su familia. Lo interesante es que tanto el uso como abuso de las drogas y el alcohol no fueron planteados como los ejes de los comportamientos violentos en las escuelas sino como uno más de los factores que inciden en el mismo. En el caso del consumo del alcohol, el planteamiento es más amplio, pues no son sólo los padres y las madres las que lo consumen sino que hay miembros de la facultad en la escuela que hacen uso del mismo durante sus horas laborables. Aunque no existe evidencia de que la facultad lo consume en la misma escuela, se cree fuertemente que lo hacen fuera de la misma llegando al trabajo con evidencias claras de haberlo consumido. Lo que me parece interesante sobre esta observación es que no se incluyera al estudiantado como parte del grupo que consume alcohol en la misma escuela.

En el caso de la depresión si incluyeron a todos los grupos que confluyen en la escuela. La depresión como una forma de tristeza profunda afecta a todas y cada una de las personas que conviven en la escuela, sabemos que cuando las personas se encuentran en este estado están más sensibles a experimentar emociones fuertes y están poco tolerantes a cualquier acercamiento que incremente el malestar que están experimentando. Por lo cual, la depresión es vista como un factor que incide en la violencia escolar. Los orígenes de la depresión son variados, pero lo que si es cierto es que confluyen en el mismo escenario escolar sin que existan los debidos mecanismos para manejar este estado. Lo que sí sabemos es que existen una serie de profesionales en las escuelas (trabajadores sociales, orientadores) que están en alguna medida disponibles, formalmente, para el estudiantado pero no para la facultad. Aunque en la experiencia práctica de las escuelas la facultad acude según su discreción a solicitar ayuda a estos profesionales, esto ocurre hasta cierto punto de manera informal y no se documentan las dificultades por las que atraviesa la misma. Por si fuera poco, entre los

por las que atraviesa la misma. Por si fuera poco, entre los varones existe desconfianza con el personal de trabajo social y orientación lo que ha creado en ellos un ambiente en que "(sus situaciones) se lo callan... y eso les da frustración, y también terminan locos, porque piensan que cualquier persona les va a hacer algo malo". Imaginemos las dificultades por la que atraviesan los muchachos para manejar sus situaciones personales si las personas que están llamadas a atenderlas, no disfrutan o no han logrado ganarse la confianza de los mismos. ¿en dónde más van a buscar ayuda?, terminan locos y se lo callan. Esta situación incrementa las posibilidades de encuentros violentos si sumamos la desconfianza más la imposibilidad de ventilar sus problemas creando una situación altamente inestable.

La familia puertorriqueña se ha transformado en los últimos 60 años. Las circunstancias han cambiado desde entonces y hoy existen nuevos arreglos en la estructura familiar que suponen nuevos retos a las relaciones intrafamiliares que aún están basadas en valores tradicionales; valores que, por otro lado, están a prueba con las nuevas circunstancias sociales. Uno de los jóvenes expuso de una manera elocuente algunos de los efectos de estas nuevas circunstancias: "Mi padrastro viene y le dice (a mi mamá): Que si dile a tu hijo, que si él me falta el respeto, yo le voy a dar una pela; lo voy a dejar inconsciente". Estos nuevos arreglos en la estructura familiar ponen a prueba las relaciones de autoridad que existen en las familias tradicionales, puesto que las líneas de parentesco consanguíneas, que se valoran tanto en nuestra sociedad, quedan deshechas y se pone en cuestión el derecho de los padrastros o madrastras de imponer cualquier forma de disciplina. La autoridad conferida por la sangre no tiene fundamento en estas nuevas relaciones, las relaciones han tenido que estructurarse sobre otras bases, dejando al descubierto las relaciones jerárquicas y autoritarias de la familia tradicional (el padre cabeza de la familia). Tanto estos nuevos arreglos como el maltrato físico y psicológico en la familia plantean un particular reto para los muchachos, ya que les plantea una serie de interrogantes en cuanto a la formación de su hombría. Uno de los participantes lo planteó del siguiente modo: "Yo me decía en mi mente: ¡Diablo!. El único fuerte de aquí soy yo. Porque mi mamá se volvía una mielta cuando él le salía con cosas y él le daba. Entonces me decía [a mí mismo]: ¿Qué voy a hacer yo?". Reflexiones e interrogantes como éstas son un ejemplo de las fuertes tensiones que ocurren en el proceso personal de estos muchachos en cuanto a lo que deben hacer como hombres y como hijos ante el maltrato del que son testigos y objeto. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, sabemos cual será la respuesta: la violencia engendra violencia.

Precisamente, hablando de las relaciones entre los

hombres, otro de los elementos que promueve la violencia escolar lo es la dinámica interpersonal entre muchachos. Con esto quiero decir que el trato usual que se estilaba entre los hombres no promueve exactamente que estos expresen sus inquietudes y preocupaciones con otros hombres, por lo que no pueden ventilar sus problemas abiertamente. En este aspecto uno de los muchachos sintetizó esta situación diciendo que:

"yo molestando ahí, y sin saber, como son cosas de amigos, sin saber si esa persona tiene un problema y uno... (jodiendo) como que contribuye a que esa persona se adentre más y se frustre más".

Comportamientos típicos entre varones como el gufeo, el bacilón, embromar a sus panas no deja espacio para hablar, pero sí fomenta que el muchacho se adentre, se silencie y se frustre más. Dentro de las relaciones entre los mismos varones ocurre otra dinámica peculiar que en los Estados Unidos es conocida como *bullying*. Aunque no estoy seguro de que esa expresión describa la realidad de las escuelas en Puerto Rico, hay que reconocer que hay muchachos más fuertes que otros y por lo tanto más abusadores que otros. Este tipo de muchacho parece ejercer una especie de influencia en los demás, a tal punto, que puede provocar que otros actúen de formas violentas bajo el supuesto de que será protegido por aquel que le incita a hacerlo. Uno de los muchachos lo planteó de la siguiente forma:

"siempre hay una plaga que infecta a los otros. Hay uno siempre en medio que dice: Ve y hazle esto a aquellos, si él te hace algo yo te defiendo. Y eso es lo que daña, que los enciende a to's; cuando los enciende a to's, quiere decir que eso es lo que contribuye a la violencia en esta escuela".

Por otra parte, parece claro para ellos que las diferencias materiales y personales son motivo de violencia en las escuelas. Es de conocimiento popular que las diferencias materiales entre los muchachos (más rico, más pobre, ropa cara, tenis de moda, tener o no carro, entre otras) y personales (más lindo, más feo, más alto, más delgado, más fuerte, más débil, más inteligente, blanco, negro, entre otras) crea un clima de tensión y hostilidad que redundan en confrontaciones, peleas, discusiones y altercados de acuerdo a los prejuicios, valores, creencias y sentimientos que los acompañen. Por lo general, las diferencias son vistas como negativas, lo que no se parece a uno está mal, y esto último es un juicio de valor que las personas hacemos constantemente. El mal hay que combatirlo, no es en vano que se represente como una guerra, como una lucha del bien contra el mal. Por lo cual, el problema básico siempre ha sido determinar qué está bien y que

está mal; qué aceptamos y qué rechazamos. Esto es lo que Martín-Baró (1988) llamaría el “contexto social amplio” que hace posible el acto violento que surge de nuestro marco de valores y normas formales e informales que aceptan la violencia como un comportamiento posible e incluso deseable. Un ejemplo concreto de esto lo es el machismo.

La despreocupación generalizada de los problemas entre estudiantes por parte del personal escolar es otro de los factores que promueven la violencia según lo identifican los muchachos. Uno de los jóvenes lo resume del siguiente modo:

“Los bochinches entre estudiantes que nadie le pone asunto... pueden traer complicaciones en un futuro no muy lejano. Entonces usted sabe que hay gente muy rencoroso, y uno tiene que aceptarlos y por el rencor hay gente que ha mata’o a otros y ya yo lo he visto”.

El manejo de sentimientos tan negativos como el rencor y el odio tienden a cultivarse en las experiencias entre las personas jóvenes, creando conflictos que son sistemáticamente ignorados y despachados como ‘cosas de muchachos’ y no se les da la importancia que requieren para evitar consecuencias posteriores. Esta práctica ha tenido consecuencias desastrosas que van desde peleas físicas hasta expulsiones de la escuela, de agresiones a la facultad y el estudiantado hasta masacres escolares. Si a esto le sumamos la falta de seguridad en la escuela tendremos un ambiente altamente inestable donde:

“Cualquier persona entra aquí. Aquí pueden venir, matan a una persona, y se van, y nadie se da de cuenta”; “Entonces dejan entrar a los malos, y a los buenos no los dejan entrar”.

En dichas condiciones el tiempo que el estudiantado está en las escuelas representa una bomba de tiempo cuyo mecanismo puede activarse por una gama tan amplia de factores que la hacen impredecible.

Finalmente, los muchachos mencionan entre los factores que promueven la violencia escolar la dinámica personal que se da entre ellos y las muchachas. Dinámica que adquiere diversas formas como el machismo, el respeto de las mismas muchachas y el abuso y tensión sexual. Al parecer esta dinámica entre muchachos y muchachas genera situaciones como las siguientes:

“(cuando) los nenes están ‘alante’ de una nena que les gusta y comienzan con un juego de mano díz que pa’ agradarle (a las nenas); “los nenes van a querer ponerse guapitos delante de las nenas, vamos a decir: Voy a estar con estos porque me van a defender si yo peleo...”

Desde temprano en la vida de los muchachos se va fomentando un rol violento vinculado a la protección, a

convertirse en el defensor de las mujeres. Se va construyendo una tendencia a la violencia porque de ella depende la posibilidad de conseguir pareja, hacerse notar entre las muchachas y ganarse el respeto de los muchachos. En otro plano, esta tendencia de los muchachos a la violencia es interpretada por ellos como una comparación desigual con las muchachas porque ellas no lo demuestran tanto; uno de ellos recurre al machismo para ejemplificar su punto: “yo creo que no es que los muchachos sean más agresivos, sino que las muchachas como que..., por el machismo, como que se dejan *intimidar*”.

Un juego peligroso se establece entre muchachos y muchachas en cuanto a sus roles y acercamientos sexuales: ¿quién establece los límites de hasta donde llegar?, ¿qué cosas están permitidas y cuáles no?, ¿cuáles acciones representan una falta de respeto y cuales no?, ¿quién determina cuando se ha faltado el respeto o no? Son algunas interrogantes que no tienen una fácil contestación, especialmente para quienes están experimentando una serie de emociones y sensaciones contradictorias en cuanto a la sexualidad se refiere. En las complicaciones propias del galanteo y el coqueteo cohabitan creencias, valores y experiencias relacionadas con la sexualidad, que sin la debida atención, tienden a transformarse en abuso y tensión sexual. Varios de los muchachos lo plantean de la siguiente forma:

“los más activos sexualmente son los hombres.

Las mujeres no van a violar un hombre. Las más violadas son las mujeres, bueno, sexualmente”;

“son las mujeres y los niños, muchas veces, pero cuando es en la casa, los niños pequeños”;

“... la mayoría de las nenas también busca, porque empiezan a tocar las nalgas a los hombres, tocando sus partes a los hombres, y después cuando les va a hacer algo, no les gusta que se lo hagan. Y empiezan: ¡No que sí esto! Y empiezan a dar galletas...”;

“Entonces ellas muchas veces cucan y después el hombre se pone *hipel* (excitado) y después se echan pa’ trás y por eso es que muchas veces los hombres... y él: No, no, no y las viola”

Los muchachos, una vez más, se presentan como quienes ejercen la violencia y los menos propensos a recibirla. Sin embargo, dejan claro que las muchachas contribuyen de alguna forma a la violencia cuando cucan a los varones, especialmente en el plano sexual. Ya sea que ellas la ejerzan contra los muchachos o que los muchachos la ejerzan contra ellas, estos actos de violencia toman múltiples formas, desde una galleta (bofetada) hasta forzar el acto sexual. Lo cierto es que el manejo de las experiencias sexuales y la sexualidad juegan un papel

por lo que es necesario dedicar esfuerzos a trabajar con esta dimensión si queremos ser efectivos en prevenir la violencia escolar.

La perspectiva de las muchachas. Para las muchachas la inteligencia aparece como un factor que promueve la violencia escolar, en tanto y en cuanto, el expresar abiertamente su interés por conocer y aprender genera en otras personas rechazo, insultos (estofona, ratón de biblioteca, come libros, *nerd*) y marginación. La estructura jerárquica de las escuelas, las condiciones laborales de la facultad, la intolerancia e incomprensión de la realidad de la juventud crea un clima susceptible para un manejo inadecuado de las diferencias entre el estudiantado y la facultad. Razón por la cual una de las formas más espontáneas de reaccionar es a través de insultos y gritos de parte de la facultad, al menos así lo señalan las muchachas. Cuando lo anterior se mezcla con unas prácticas autoritarias fundamentadas en las creencias de cómo debe ser la relación entre una persona adulta y una joven, el resultado es que “[creen que eres] un objeto que te pueden mandar, que pueden hacer lo que quieran contigo”.

Las creencias personales juegan un papel importante, tanto como factor que promueve la violencia como para prevenirla. En este caso, las muchachas han señalado algunas creencias que fomentan la violencia. Por ejemplo, cuando las madres o los padres están convencidos de que tienen el “derecho de pegarle” a sus hijos o hijas, se fomenta una relación posesiva y prácticas de castigo, en lugar de una relación comprensiva y una tendencia al diálogo. La dinámica interpersonal se hace hostil con unos resolviendo los conflictos a golpe y porrazo y a otros resistiendo y resintiendo la forma en que son tratados. En otras palabras, el uso del castigo físico para imponer la voluntad de los padres o madres parece que legitima el uso de la violencia (34, 31). En palabras de las muchachas:

“le dan (a uno) con unos cables, lo que tenga en la mano o la libreta o el lápiz”;

“a veces los padres, pues tienen mucha presión en el trabajo y cuando llegan a la casa, con la mínima cosita se alteran y, entonces, se desquitan contigo”

Por otro lado, la creencia en la fórmula cultural de adultez-razón-experiencia versus juventud-irracional-inexperiencia (35) aporta mucho a las expresiones de violencia que, tanto en las escuelas como en los hogares, tienen lugar. Esta fórmula tiene consecuencias concretas pues resulta en una pobre valoración de la opinión de las personas jóvenes porque partimos de la premisa de que no tienen ni la capacidad ni la experiencia para opinar. Si en cada conflicto entre las personas jóvenes y adultas funciona la siguiente lógica: “(aunque) uno tiene la razón

y te castigan como quiera”, no podemos esperar una reacción favorable de no violencia de las personas jóvenes. Este énfasis sobre las creencias y las actitudes me parece que responde a la forma en que las mujeres son educadas, específicamente, en relación con sus emociones, sentimientos y pensamientos. Esto último combinado con un espacio de acción fuertemente restringido, al hogar y la escuela como lugares de socialización, las mujeres recurren al diálogo para compartir e intimar acerca de sus cosas.

En la misma línea, las creencias están poderosamente asociadas a las actitudes peleoneras, tanto de padres, madres como de la facultad. Con pocas destrezas para el manejo de conflictos y de las emociones las relaciones intrafamiliares estarán plagadas de peleas, gritos, insultos y castigos injustificados tanto en el hogar como en la escuela. En el caso del hogar las relaciones se establecen sobre un modelo de castigo que hace el ambiente restrictivo lleno de prohibiciones: “no puedes hablar por teléfono, no puedes ver televisión”.

Para las muchachas las relaciones familiares son particularmente críticas pues gran parte de su tiempo están obligadas a pasarlo entre el hogar y la escuela, por lo que dichas relaciones representan factores que promueven la violencia. Para las muchachas las relaciones intrafamiliares despiertan constantes inquietudes y son motivo de tensión y reflexión, como es el caso de las relaciones con los hermanos: la presión hacia los mayores de proteger a los menores o el discrimen contra los menores al valorar más la opinión de los mayores. No es accidental que las muchachas tengan estas preocupaciones pues su formación como mujeres les impone el espacio doméstico como el lugar para desarrollar sus habilidades para convertirse en esposa y madre.

Si a esto le añadimos el trabajo doméstico, aspecto que no aparece por ninguna parte en los discursos de los muchachos, la situación se les complica a unos niveles insospechados:

“Porque si tú no lavaste los platos, que estaban ahí hacen dos días (hay como tres platos). !Porque no limpiaste los platos, si yo te lo dije esta mañana! (gritándole); Dos pantalones y un par de medias ahí tira'os en el medio. !Este reguero! !Tú nunca estás limpiando. Que si esto, que si lo otro” (gritándole)

El trabajo doméstico no sólo es el adiestramiento necesario para convertirse en mujeres, sino que es un factor clave que promueve la violencia. Además, esto tiene un impacto impresionante en la autoestima de las muchachas pues están siendo constantemente evaluadas, criticadas y presionadas por su desempeño en el hogar y en la escuela. Además, con una variedad de exigencias

en la escuela. Además, con una variedad de exigencias que no se le requiere a los muchachos, como que sean limpias, organizadas, que se ocupen de los demás, que atiendan la casa, que saquen buenas notas y que controlen su sexualidad (no tener novios y que se mantengan vírgenes). El control de su sexualidad se expresa a través de la presión y vigilancia contra los novios: “mi mamá odia que yo hable con nenes (...) te está “rapeando”, que esto que lo otro (dice su mamá). Sí, es imposible tener un amigo (...). Es muy chiquita pa’ tener novio (insiste la mamá)” y el discriminan por razón de su sexo: “como yo soy nena... siempre le dan la razón al nene..., y a veces, siendo menor que tú, le dan más libertades, y le dan más (oportunidades)...”. La presión emocional que derivan las muchachas de este cúmulo de situaciones, que se concentran en la casa y en la escuela, les producen continuas secuelas de violencia. Ellas reconocen que el manejo de las emociones es un punto neurálgico como factor que promueve la violencia. Una de ellas lo sintetizó de la siguiente manera: “que tú te sientes como que en una situación, que tú quieres hacer algo, y no puedes, como que te ahogas por dentro”. Sensación de ahogamiento que triplica el malestar y las posibilidades de que escale niveles más intensos de violencia.

Por último, pero no menos importante, está el análisis de la noción de respeto. Este es un punto que trajeron claramente las muchachas, desde una perspectiva más amplia, en el caso de los muchachos lo plantearon de forma más concreta. Por lo que me gustaría cerrar esta sección con una visión panorámica de la noción de respeto, aunque sé que merece atención específica que será material de futuros trabajos. Por el momento me conformaré con un esbozo preliminar de la noción de respeto como factor que promueve la violencia. Parece estar claro para todos y todas que el respeto es un valor cultural. Pero la noción de respeto se ha transformado a través de los años en Puerto Rico (36, 37), pero su vinculación con la noción de autoridad, obediencia y miedo sigue vigente hasta nuestros días (38). En nuestra cultura interpretamos como una falta de respeto la resistencia a modelos autoritarios y jerárquicos que predominan en nuestras relaciones familiares y escolares, así como en las relaciones entre un hombre y una mujer. En el primer caso, una de las muchachas lo expresó de forma magistral: “tu le dices algo de ellos, que es verdad, (refiriéndose a madres, padres o la facultad) sin faltarles el respeto, y ya le estás faltando el respeto”. En el segundo, como ya mencioné, el respeto es interpretado por los muchachos en términos de que “... muchas veces, también es que las muchachas no se dan a respetar, que no se dan a respetar. Desde un principio les permiten esas cosas. A la hora de la verdad, se cagan to’as... eso nos indica muchos tipos de violencia”, en

otras palabras, lo que las muchachas se dejan o no hacer en cuanto a los acercamientos sexuales. Las muchachas reclaman su espacio propio, argumentando que “se supone que ellos (padres y madres) nos tienen que respetar... Es mi cuarto. Respétanme mi privacidad... este es el único lugar en el cual yo puedo mandar en esta casa”. Todo el mundo reclama respeto para sí mismo (padrastos, hijos e hijas, maestros, madres, estudiantado, los hombres y las mujeres), pero parece que el respeto tiene muy poco que ver con la dignidad de las personas y mucho con las estructuras y relaciones sociales de autoridad, miedo, jerarquía, sometimiento, derechos, normas y creencias culturales. Aunque nadie define lo que entienden por respeto, parece que esta noción genera poderosas reacciones porque tocan estructuras y relaciones sociales a las que nos aferramos sin que tengamos muy claro qué es lo que exigimos o perdemos cuando reclamamos respeto. Lo único que al momento me parece claro es que es un factor que promueve la violencia porque la falta de respeto atenta contra algo que consideramos valioso.

Consideraciones Generales

- El origen de la violencia es uno complejo (39, 40) y multidireccional puesto que las acciones violentas que ocurren en la familia inciden en las escuelas y la violencia en las comunidades incide en las familias y la violencia escolar incide en la violencia personal y la violencia personal incide en la violencia social y así en todas direcciones. Ningún proyecto puede encararlas todas a la vez, por lo que la dificultad estriba en escoger con cuál sería más práctico trabajar primero, pero la respuesta inmediata es que al trabajar con una influye sobre las demás, pero las demás pueden derrotar los esfuerzos que se construyen en la que estás trabajando. En otras palabras, la elección no es fácil, pero el trabajo es impostergable.
- Debemos dirigir nuestra atención, además de los comportamientos más extremos y visibles de la violencia, en los procesos que van sedimentando, desencadenando y acumulando las experiencias de incomodidad, frustración, humillación, depresión, inestabilidad, abuso, usos y costumbres, creencias, actitudes y valores que son los elementos que se van amontonando en el silencio de las experiencias personales de estas personas jóvenes
- Existen correlaciones específicas entre violencia y genero que responden a la formación que recibimos en cuanto a nuestra construcción como hombres o como mujeres
- Cualquier modelo que pretenda promover un ambiente

escolar donde la violencia no sea una constante sino una rara excepción debe considerar las diferentes formas en que la perciben tanto los muchachos como las muchachas. Incluso podemos ir más lejos al decir que parte de la violencia escolar opera sobre la base de las diferencias entre los muchachos y las muchachas

- Debemos profundizar sobre la noción de respeto y juventud, a lo largo y ancho, de las relaciones familiares, escolares y personales
- Es importante recalcar el rol de las creencias personales y culturales en relación con la violencia. Dichas creencias pueden ayudar a prevenir comportamientos violentos, pero también pueden estimularlos y hasta aprobarlos. En este sentido, la literatura tiende a enfatizar ciertas creencias personales y culturales como factores protectivos, lo cual es importante, pero debemos empezar a explorar cuáles de estas creencias actúan como verdaderos motivadores de comportamientos y prácticas violentas.

Abstract

In this article we will address some factors that promote violence in schools from the youth viewpoint. We present an overview of what young people understand about violence; in which way its take places; in what forms they express it; and what aspects they consider more important than others. At the same time, it compares the social construction of violence on both, boys and girls, and describe how violence is interpreted from the gender perspective. The latter means that assumption of violent behavior varies with the gender of the person describing it. In other words, any project that pretends to promote schools free of violence need to deal with gender issues. Finally, I will share a few general considerations about what we may call social construction of violence in young people and its implications for a violence prevention project.

Referencias

1. Bryson L. Sport and the maintenance of masculine hegemony. *Women's Studies International Forum* 1987; 10: 349-360.
2. Theberge N. Sport and women's empowerment. *Women's Studies International Forum* 1987;10:387-393.
3. Messner M. When bodies are weapons: masculinity and violence in sport. *International Review for the Sociology of Sport* 1990; 25:203-218.
4. Sabo D, Panepinto J. Football ritual and the social reproduction of masculinity. In: M Messner, D Sabo, eds. *Sport, men, and the gender order: Critical feminist perspectives*. Champaign, IL: Human Kinetics, 1990;115-127.
5. Young K. Violence, risk, and liability in male sports culture. *Sociology of Sport Journal* 1993;10:373-396.
6. McCord J. A forty year perspective on effects of child abuse and neglect. *Child Abuse and Neglect* 1983;7:265-270.
7. Silva Bonilla R. El marco social de la violencia en la vida conyugal. Centro de Investigaciones Sociales, UPR, Río Piedras 1985.
8. Silva R, Rodríguez J, Cáceres V, Martínez L, Torres N. Hay amores que matan: la violencia doméstica en la vida conyugal. Río Piedras: Huracán-CIS, Universidad de Puerto Rico; 1990.
9. Corsi J. Violencia masculina en la pareja: una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención. Buenos Aires: Paidós. 1995.
10. Sanmartín J. Violencia contra niños. Barcelona, España: Ariel, 1999.
11. Raine A, Sanmartín J, eds. Violencia y psicopatía. Barcelona, España: Ariel, 2000.
12. Fernández I. Prevención de la violencia y resolución de conflictos: el clima escolar como factor de calidad. Madrid: S.A., 1998.
13. Sanmartín J. La violencia y sus claves. Barcelona, España: Ariel, 2000.
14. Berger P, Luckmann T. La construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1966.
15. Foucault M. Historia de la sexualidad: la voluntad de saber. México, D.F, México: Siglo XXI, 1986.
16. Foucault M. Saber y Verdad. Madrid, España: la Piqueta, 1991.
17. Gergen K J. Realidades y relaciones: Aproximaciones a la construcción social. Barcelona, España: Paidós, 1996.
18. Ibañez Gracia T. La construcción del conocimiento desde una perspectiva socioconstruccionista. Presentación realizada en el Congreso Iberoamericano de Psicología. Madrid, España, 1992.
19. Pakman, M. Construcciones de la experiencia humana. Barcelona, España: Gedisa, 1996: Vol 1.
20. Pakman M. Construcciones de la experiencia humana. Barcelona, España: Gedisa, 1997: Vol 2.
21. Aber J L, Brown J L, Henrich C C. Teaching conflict resolution: an effective school-based approach to violence prevention. National Center for Children in Poverty. Research Brief, 1999.
22. U.S. Department of Education, National Center for Education Statistic. Indicators of school crime and safety. Washington, DC: Annual Report, 2000.
23. U.S. Department of Education, National Center for Education Statistic. Indicators of school crime and safety. Washington, DC: Annual Report, 2001.
24. Leone P E, Mayer M J, Malgren K, Misel S M. School violence and disruption: Rhetoric, reality, and reasonable balance. *Focus on exceptional children* 2000;33:130-140.
25. Derksen D J, Strasburguer V C. Media and television violence: effects on violence, aggression, and antisocial behaviors in children. In: Allan M Hoffman. *Schools, violence and society*. Westport, Connecticut: Praeger; 1996.
26. Haugaard J J, Feerick M M. The influence of child abuse and family violence on violence in the schools. In: Allan M Hoffman. *Schools, violence and society*. Westport, Connecticut: Praeger, 1996.
27. Carrasquillo M, Frau R, Knight R, Mercado D. Violencia escolar en Puerto Rico: conceptualización, trasfondo, percepciones y alternativas propuestas. *Paideia Puertorriqueña* 2000 2:183-201.
28. Potter J, Wheterell M. Discourse and social psychology: beyond attitude and behaviour. Londres, Inglaterra: SAGE, 1987.
29. Parker I. Discourse dynamics. Critical analysis for social and individual psychology. New York, NY: Routledge, 1992.
30. Gavey N. Feminist poststructuralism and discourse analysis. In: M Gergen, S Davis. *Toward a new psychology of gender: a*

- reader. New York, NY: Routledge; 1997:49-64.
31. McCord J. Contribuciones psicosociales a la violencia y la psicopatía. En: A Raine, J Sanmartín, eds. *Violencia y psicopatía*. Barcelona, España: Ariel, 2000.
32. Beal C R. *Boys and girls: the development of gender role*. New York, NY: McGraw Hill; 1994.
33. Bell D H. *Ser varón: la paradoja de la masculinidad*. Barcelona, España: Tusquets; 1987.
34. Straus M A. Discipline and deviance: physical punishment of children and violence and other crime in adulthood. *Social Problems* 1991;38:133-154.
35. Vázquez Rivera C, Pacheco Bou W. *Construyendo un rompecabezas: ¿Qué tienen que decir las décadas del 1940 y el 1950 sobre la juventud puertorriqueña?* (Tesis de maestría inédita). Río Piedras, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1997.
36. Sánchez Hidalgo E. Autoridad, convivencia y función educativa. *Revista Pedagogía* 1957;5:39-52.
37. Nieves Aponte M. El porvenir de la educación en Puerto Rico. *Revista Pedagogía* 1958;6:29-34.
38. Vázquez Rivera C. *La construcción social de la hombría en un grupo de hombres puertorriqueños* (Tesis doctoral inédita). Río Piedras, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 2001.
39. Martín-Baró I. *Acción e Ideología: psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA Editores, 1988.
40. Pothrow-Stith D, Quaday S. *Communities, schools and violence*. En: A M Hoffman, eds. *Schools, violence, and society*. Westport, Connecticut: Praeger; 1996.
-